

IGNACIO URQUIJO, JAUNTXO, QUITENÑO Y CABALLERITO DE AZCOITIA (1907-2002)

El 16 de enero de 2002 falleció nuestro entrañable amigo Ignacio Urquijo y Olano, conde de Urquijo y Ospin de Urquijo. El funeral tuvo lugar en la iglesia de Xemein, soberbio ejemplar de gótico vasco. Y el entierro, en su panteón del cementerio anexo. Allí descansa, con su elegante traje gris cruzado y una medalla de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País que tanto quiso. La visita a su tumba, en cuya lápida tan sólo figura la corona de conde con el nombre “Urquijo” bajo ella y las fechas de su nacimiento y muerte, hace pensar a quien a ella se acerca que aquella tierra señorial que tanto amó, ese bello confín de Bizkaia, le acoge ahora respetuosa y silenciosamente. Y aquellas gentes que gustó tratar con deferencia y afecto, han sabido corresponderle, de lo que son prueba las flores que ilustran su último reposo, especialmente las que le dedican quienes estuvieron sirviéndole en Munibe.

Familia

Según investigaciones del historiador y genealogista Juan Vidal-Abarca, los Ospin de Urquijo procedían del caserío Aréchaga de Oquendo, que hoy todavía subsiste. En el siglo XVIII pasaron a Abando, que era un municipio independiente de Bilbao, donde destacaron como comerciantes. Prueba de ello es que ya a principios del XIX ocupaban cargos de relevancia. Su bisabuelo paterno, Serapio Dionisio Ospin de Urquijo (1809-1882), fue escribano Real, notario público, apoderado por Bilbao en las JJ.GG. de Guernica y Secretario Honorario del Ayuntamiento de Bilbao. Por su parte, su abuelo Nicasio Adolfo (1839-1895) fue decano del colegio de abogados de Bizkaia, Regidor del Ayuntamiento de Bilbao y Diputado a Cortes, pero lo que señalaría el ascenso de su familia al Olimpo de la sociedad bilbaina fue su matrimonio, celebrado en 1865, con M^a del Rosario Felisa Ibarra Arambarri (1846-1875), hija de Gabriel M^a y M^a del Rosario.

Ignacio fue el tercero de ocho hermanos. Para caracterizar a su padre José María de Urquijo e Ybarra, nos atenemos al rápido y completo retrato que hizo de él Azaola: *Aristócrata y autoritario por temperamento, integrista por su manera de pensar, gran burgués por su posición social, jansenista por la rigurosa austeridad de su vida y celosísimo de su independencia frente a toda formación política.* Fundó en Vizcaya lo que se dió en llamar “política vati-

canista” y para defender sus tesis creó, junto a otros, la “Gaceta del Norte”. De acuerdo a su mentalidad, su criterio en la educación de sus hijos era el de la severidad y la austeridad, siendo su mayor deseo el que profesasen en una orden religiosa, lo que consiguió con cinco de ellos. Pero su rigor educativo se suavizaba gracias a su pasión por la música, de tal modo que sus cuatro hijas hicieron con brillantez la carrera de piano, violín y arpa, llegando a ser dos de ellas concertistas en Londres de estos dos últimos instrumentos. Ignacio cantaba y tocaba la guitarra con no poco acierto y buen gusto. El final de su padre fue trágico: el 23 de julio de 1936 fue detenido en Zarauz, trasladado posteriormente a la cárcel de Ondarreta y fusilado frente a la tapia del cementerio de San Sebastián el 5 de setiembre, junto a Víctor Pradera.



Concepción Olano y Abaitua, o mejor dicho Concha Olano “la bella cautiva” es recordada por quien le conoció tanto por su belleza y su bondadoso encanto como por la dorada prisión en que la recluía su marido. Estos Olano, si bien llegaron a Bilbao procedentes de Andalucía en la época de la primera guerra carlista, han de tener sin duda su origen en el pueblo alavés del mismo nombre que se halla en el término de Cigoitia. Afincados en el sur, posiblemente por motivos comerciales –lo que era característica frecuente en los originarios de los pueblos de la zona, como Manurga u Ondátegui, ya que se trataba de tierras pobres en recursos que invitaban a la emigración– terminaron poseyendo una naviera en Liverpool: “Olano y Larrínaga”, y estando relacionados con los poderosos marqueses de Comillas a través de la Cía. Transatlántica entre otras cosas. Los Abaitua también tenían importantes propiedades, como la finca próxima a la basílica de Begoña en donde los padres de Ignacio, poco antes de que

éste viniese al mundo en Bilbao el 26 de febrero de 1907, decidieron hacer su casa, rodeada por un parque de cinco hectáreas. Allí transcurrió su infancia y aquel entorno idílico conformó su modo de ver y sentir el mundo, determinando su afán por rescatar esos senderos de su infancia recreándolos en Munibe posteriormente. Durante esos años se configuró su carácter dulce y apacible.

Con todo, la mayor influencia familiar que recibió Ignacio fue sin duda la de sus tíos paternos Adolfo y Julio. El primero, que fue Presidente de la Diputación de Bizkaia y correspondiente de la Academia de la Historia, le dejó a Ignacio la finca Munibe y el título de Conde de Urquijo que, a pesar de la amistad que tuvo con Alfonso XIII, sin embargo era pontificio.

De su tío Julio recibió su interés por la vascoología y, sobre todo, por la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.

Educación y estudios

Lecaroz era un colegio conocido por su severidad y dureza. El ideal para cumplir los designios pedagógicos de D. José María. Allí Ignacio se forjó en el rigor y la entereza, pero también allí aprendió algo indispensable para el jauntxo: el idioma de sus antepasados.

En Deusto hizo la carrera de Derecho, siendo compañero de Fernando M^a Castiella, quien fue posteriormente Ministro de Asuntos Exteriores y nombró embajador a Ignacio. Como su padre quería que fuese jesuita, le envió a Loyola una temporada, pero él demostró más afición a su colección de filatelia, que llevó consigo, que a los oficios religiosos. Y en cuanto acabó la carrera, para evitar que nuevas tentaciones místicas ajenas le llevaran a otro convento, se fue a trabajar a Barcelona en el Banco de Bilbao.

Resignado a la rebeldía de su hijo, D. José María aceptó que se fuera al extranjero a aprender idiomas, por lo que le envió a Inglaterra y Francia, pero siempre bajo su tutela y supervisión. De este modo, siguiendo el consejo de un amigo y creyendo le mandaba a una casa respetable y “de familia conocida”, le envió a la mansión de una “cupletista conocida”, para regocijo de Ignacio.

Jauntxo de Munibe

Al terminar la guerra civil, inmediatamente se hizo cargo de la recuperación de Munibe que había quedado maltrecha y saqueada tras su utilización primero como cuartel, donde se alojaba una sección de artillería del ejército

republicano. Tras un breve período de quedar desocupado se usó de nuevo como cuartel-prisión del Batallón Disciplinario y, después de ser ocupada Marquina por las tropas de Franco, fue utilizado como hospital por el equipo quirúrgico del Capitán Monsalvez.

La personalidad de Ignacio está indisociablemente unida al palacio de Munibe. Se puede decir sin exagerar que ha sido el último jauntxo de la zona. Disfrutaba recibiendo a sus conocidos y obsequiándoles con un paseo, casi protocolario, por sus jardines extensos, mientras explicaba los pormenores de la plantación de tal o cual especie botánica. Eso sí, siempre vestido y calzado con esa elegancia que también sabía imprimir en sus gestos, sus palabras y todas sus actitudes, de modo que se le podría caracterizar perfectamente por estos dos aspectos: su pasión por el protocolo y su intrínseca elegancia.

Su fuerte vinculación y su afecto a Munibe, explicada en parte por su belleza paisajística y por la evocación de su infancia, se debía también a su atracción por la historia del país y su identificación con figuras tan señaladas como el Conde de Peñaflores, fundador de la Real Sociedad Bascongada del País, quien fuera en su tiempo dueño y morador de esta finca.

Pero también se vió reforzada por un hecho fortuito: al entrar en Bilbao con las futuras autoridades de la Villa, tras la toma de ésta, se dirigió a la Sociedad Bilbaína, tras preguntar dónde se había ubicado la Delegación del Ministerio del Interior. Allí, en el despacho principal, encontró el libro de firmas de Munibe en el primer cajón que abrió. Era la prueba que había servido de principal acusación para condenar a toda la familia.

Desde entonces, su afán fue recrear el Palacio con la solemnidad, esplendor y belleza que había tenido en tiempos de su tío Adolfo (1). Y lo consiguió, ya que llegó a recuperar la biblioteca y parte del mobiliario, que habían sido incautados en su totalidad por el Gobierno Vasco. En los libros conservaba la ficha de la incautación (2).

En aquella extraordinaria biblioteca dedicó horas de soledad productiva al estudio de la historia, con frecuentes viajes a la biblioteca Vaticana a la que tenía derecho de acceso, lo que le valió posteriormente para concebir, en 1942, junto a otros, la fundación del Instituto Vascongado de Cultura Hispánica, y

(1) Existe un curioso libro titulado *Añoranzas de un babazorro* escrito y editado por Narciso Sáenz de Ibarra, quien estuvo al servicio de D. Adolfo en Munibe, en donde se hace un ingenuo pero vivo retrato de la época de esplendor de la finca.

(2) Por el bando franquista, curiosamente, el proceder fue similar, ya que yo mismo he podido contemplar las pegatinas que adosaron, para identificarlos, a los muebles requisados de la Torre de Olasso, en Vergara, que fuera propiedad de Telesforo Monzón. Algunos de dichos muebles sirvieron para decorar el palacio de la Magdalena de San Sebastián, donde veraneaba Franco y hoy, en Torre Olasso, se puede contemplar una fotografía en la que el dictador conversa con una alta jerarquía eclesiástica sentados ambos en un tresillo incautado allí.



Ezkerretik hasita: Henrike Knörr, Jean Haritschelhar eta Ignacio Urquijo Olano.

ser nombrado su primer presidente, alcanzando la categoría de Honorario en 1959. En esta fecha fue también nombrado Académico correspondiente de la Historia, junto a su amigo Mariano Ciriquiain.

Profundamente religioso, esta cualidad le resultó indispensable para aceptar con admirable resignación la destrucción de la obra de su vida, su adorado Munibe, tras el pavoroso incendio que se declaró el 13 de noviembre de 1992, al saltar una chispa de la chimenea del salón y prender en la masa de periódicos que tenía en la habitación superior. Había hecho encender la chimenea para hacer acogedora la reunión que estaba celebrando con los representantes de la Fundación del BBV, con quienes estaba matizando aspectos del convenio firmado tres meses antes para la cesión de la casa y la finca. La conversación fue interrumpida por las voces de “Acoda”, personaje popular de Marquina, cuyo apodo es el nombre de su caserío (3), como es habitual en la zona. Ubicado en la ladera de un monte detrás de Munibe, había observado salir humo del tejado y venía a dar la voz de alarma. Pero a pesar de que acudieron voluntarios con la intención de apagarlo, las llamas ya lo invadían todo y no hubo forma de salvarlo. Por suerte, la biblioteca se salvó gracias a que

(3) El caserío “Acoda” era el de los Merinos Menores de los siglos XVII y XVIII, es decir, el lugar de donde debían salir los verdugos de la zona, a consecuencia de algún castigo que habían merecido sus habitantes.

el mueble cayó y el fuego no llegó a alcanzar los libros, si bien el agua de los bomberos les afectó inevitablemente.

Aún recuerdo a Ignacio que, instalado en lo que antiguamente fueron habitaciones de los cocheros, se afanaba en recuperar sus libros y volver a recomponer su biblioteca. Son posiblemente las últimas imágenes que de él conservo (4). Allí dió la verdadera medida de su coraje, de su entereza y de su humanidad, aceptando un destino que, al final de su vida, le hizo una mueca amarga, volviéndose contra él.

La RSBAP

En 1943 estuvo en la fundación de la etapa actual de la RSBAP, de la que fue su director en el bienio de 1957 a 1959. Elegido en Azcoitia el 22 de junio, en su discurso propuso acomodar la Sociedad a la vida moderna, utilizando los métodos actuales para volver a dotarla del arraigo e importancia que tuvo en el siglo XVIII. Posteriormente expuso la propuesta sometida a la Junta de Cultura de Vizcaya acerca de la edición de una gran Bibliografía vascongada en la que se recogiera todo lo que se hubiera escrito sobre la lengua y el país en libros, revistas, recortes de periódicos, etc. La propuesta fue acogida con entusiasmo por los asistentes. De entre ellos, Ignacio dirigió un cordial saludo a la representación de la Academia Vasca, compuesta por los señores Echaide, Arrue y Michelena. En su respuesta, Echaide comentó la necesidad de reeditar el Diccionario de Azkue, ya que estaba agotado y no conseguían encontrarlo ni solicitándolo en el extranjero.

Sin duda no pudo terminar su mandato, ya que fue nombrado Embajador de España en Quito el año 1958, noticia que aparece en el cuaderno 4º del boletín de la Sociedad de ese año, en donde se comenta que posiblemente no haya Sociedad en toda España que haya dado tantos Embajadores: *Los que tenemos hoy, en activo, no se cuentan con los dedos de las manos. Si en los siglos XVI y XVII, la tierra vascongada gozó fama notoria de dar*

(4) Ignacio era presumido, pero su egolatría estaba muy dulcificada por su inteligente sentido del humor. Sabía reirse de sí mismo. Después de quemarse Munibe, como ya se ha dicho, se instaló en lo que antaño fueron caballerizas del palacio, que conformó a manera de cottage inglés, donde se consagró a la reclasificación y arreglo de su biblioteca. Una amplia sala del piso bajo, siguiendo su impulso protocolario, decidió habilitarla para recibir a las personas que no fueran de su mayor confianza. La sala la presidía un retrato suyo de cuerpo entero, de pie y con el uniforme de la Orden de Malta. Como me preguntó si se me ocurría qué nombre darle a la sala, con cierta maldad —que conociendo su sentido del humor me solía permitir con él— le dije que le podía llamar “El Txoko”, cuando supongo que él esperaba una respuesta del tipo: sala de embajadores, sala del retrato, o sala del Conde. Se rió con ganas y me dijo le parecía una excelente idea, de modo que, entre nosotros, el cuarto quedó para siempre con esa denominación.

Secretarios de Estado, en los siglos XVII, XVIII y XIX la tiene de dar Embajadores. Y como prueba de la estimación que sus compañeros de la Bascongada le tenían, añaden después: Estamos seguros que nuestro entrañable Director, el Conde de Urquijo y de Ospin de Urquijo (...) esté donde esté, en esta nueva ruta que le abre la historia política a su nobleza, su inteligencia y su caballeridad, seguirá como hasta ahora, poniendo sus mejores afanes al servicio de nuestra Sociedad y que, a la vez que Embajador de España será, también, Embajador de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

Si bien Ignacio hizo varios guiños a la causa tradicionalista y carlista a lo largo de su vida, su vinculación a la RSBAP y los estudios históricos que le dedicó, fueron una especie de vacuna de ilustración que le salvó de profesar la ideología reaccionaria. Posiblemente como a su tío Julio, a quien tanto admiraba. Éste, que estaba casado con D^a Vicenta de Olazábal, hija de Tirso de Olazábal, amigo y confidente de Carlos VII, le suministró a Ignacio información de primera mano sobre la causa carlista y, por ejemplo, el Cura Santa Cruz (5).

Lo que sí se deduce de los textos escritos por Ignacio es su decidida vocación fuerista y su vasquismo, lo que propulsó su consagración a la causa de la RSBAP, a cuyo espíritu fue fiel toda su vida.

Embajador en Ecuador

Aunque, como hemos dicho, su nombramiento como embajador es de 1958, de hecho no pasó a América hasta 1960, en que tomó posesión de facto.

Su labor fue extraordinaria, abarcando todos los campos: desde el más específicamente legislativo, llegando a firmar, por ejemplo, el importante Convenio de doble nacionalidad de 4 de marzo de 1964 (6), hasta el histórico y cultural, siendo uno de sus éxitos más notorios en este terreno la rehabilitación de la casa de Benalcázar en Quito.

Diego de Almagro fundó esta ciudad en octubre de 1534. Posteriormente, fue ocupada por las tropas de un cabecilla de la resistencia llamado Rumiñahui. Vencido Atahualpa en Cajamarca, Sebastián de Benalcázar avanzó hacia Quito, que fue abandonado por su enemigo después de incendiarlo. Be-

(5) No quiero extenderme en este breve ensayo sobre ello, pero sí quiero indicar que tuve la suerte de poder grabar en vídeo una conversación de Ignacio con Juan José Pujana y conmigo en la biblioteca de Torre Vidarte, en Marquina, en la que nos contó varias anécdotas interesantes.

(6) Puede encontrarse su texto en <http://guimar.educa.rcanaria.es/usr/apdorta/ley/v0000033.htm>

nalcázar estableció la nueva ciudad de San Francisco de Quito el 6 de diciembre de 1534. Allí levantó su hermoso palacio que, estando arruinado cuando llegó Ignacio, éste puso todo su empeño en que fuera reconstruido, tal como ya hemos dicho. En la actualidad, el edificio aloja al Museo de arte colonial.

La hermana menor de Ignacio, Begoña, conserva una importante cantidad de recortes de periódicos ecuatorianos que dan cuenta del enorme aprecio que se le tuvo en aquel país, lo que se reflejó, entre otras cosas, en su nombramiento como “Quiteño benemérito” o como Académico de Honor de la Academia Ecuatoriana de la lengua, además de otras distinciones y medallas que recibió.

Y como prueba tangible de que no se han olvidado de él, nos encontramos que el “Centro de Estudios Históricos en Derechos Humanos”, fundado en el año 2.000, le incluye en el listado de miembros de la medalla al mérito “Cacique de Turmequé”, lo que no deja de ser un detalle curioso que nos indica que su lazo diplomático y afectivo con Ecuador no se ciñó estrictamente a la labor profesional que desarrolló allí durante diez años, sino que la mantuvo durante toda su vida, además de dejar una marca imborrable en su personalidad y en su manera de tratar a las personas, con una deferencia exquisita.

Federico Verástegui Cobián